

**El vulgo sin lógica y la filosofía con ella.**

VIII

Hay en la historia fenómenos en apariencia de la más enorme inverosimilitud, y sin embargo, resultan hechos positivos y de la más evidente certidumbre. Hé aquí lo que ha dado origen al aforismo de *que nada hay en ocasiones más inverosímil que la verdad.*

Esto no puede ser desconocido para César Cantú, que tantas experiencias ha podido recoger en sus prolongados estudios históricos. Por consiguiente, me entiendo aquí con persona de incontestable pericia en la materia.

Aceptado, como no puede menos de aceptarse, que lo más inverosímil á los ojos, puede ser lo más cierto y positivo; cuando el fenómeno se presenta, el vulgo puede decir de México, como se ha dicho de España y se dice de otras partes:—este es el país de lo inverosímil, porque siempre da resultados imprevistos.—

Pero tal modo de discurrir, propio de la vulgari-

dad, no puede admitirlo la filosofía, porque equivale à negar el imperio inflexible de la lógica y dar por sentado, que un pueblo puede ser y subsistir, reñido con las leyes de la vida y de la historia.

Exige, pues, el criterio racional siempre el análisis del hecho, pero con mucha más atención, cuando el fenómeno presenta los caracteres de lo inverosímil. El trabajo consiste en investigar su razón de ser, para determinar su sentido lógico.

Acaso no se registra otro particular en la historia que presente más pronunciados á la vista los caracteres de lo inverosímil, que la lucha sostenida por Juárez contra el imperio.

Pero el ojo esperto del historiador filósofo no puede engañarse jamás, porque esa falta aparente de lógica, es una razón de examen, un motivo de atención, un problema que se ofrece á la curiosidad del análisis. De consiguiente, no admiten disculpa ante los principios de la crítica racional los errores en que ha incurrido César Cantú al trazar la historia contemporánea de México.

Voy, pues á demostrar, que César Cantú, siempre ecléctico, siempre doctrinario, algunas veces empírico, se muestra deplorablemente ligero y también apasionado al apreciar los hechos en determinados lugares de la historia del día.

Y en efecto, el fenómeno irregular y en apariencia inverosímil de toda inverosimilitud, es este.

De un lado, aparece un hombrecillo perdido en los bosques, sin armas, sin recursos, sin compañeros agrupados, llevando sencillamente en el pecho el fuego sacro del patriotismo. Le toca la suerte del vencido, la más triste suerte de la vida, en abandono cruel de aquellos numerosos amigos, que lo són al día siguiente del triunfo. Los pocos que se le acercan, por temor al contagio de las perusecciones, como las gallinas de Manzoni atadas y en cuelga boeaa bajo, se picotean, según acontece entre compañeros de desgracia.

Pequeño y recogido, por no tener nada de relumbron que le recomiende à la fantasía, se llama D. Benito, y no otra cosa que suene, como Agamenon y Epaminondas. Es verdad que los cristianos, menos pomposos que los griegos, no se han cuidado de que el catálogo de los santos que se invocan en la pila del bautismo brille por la onomatopeya de los nombres.

El vulgo y la leyenda tampoco se ocuparon de esclarecer su modesto nombre con una cualidad adjetiva que le hiciera notable, como por ejemplo, Vargas Machuca, Ricardo Cabeza de León, Carlos el Temerario, Jaime el Barbudo, ni aun Robespierre el Incorruptible, aunque no lo fué menos Don Benito que el célebre jacobino.

Y muy bien podía habersele llamado D. Benito el Inquebrantable; y acaso por la curiosidad que excitara la aplicación del adjetivo, hubiese César Cantú estudiado al hombre más detenidamente y mejor.

En su triste abandono, tenemos que aceptarle D.

Benito á secas, solitario y perdido en las gargantas de las montañas, sin una lágrima que exprese su sentimiento, ni una sonrisa que dibuje su esperanza.

Mas no se puede decir que acepta forzosamente los rigores del destino, y por obra de caprichosa fortuna se le vienen despues las cosas à la mano, pues que, en su afflictivo estado se le ofrece, nada menos que una participaciòn en el trono.

Y con este detalle empieza la enormidad de lo inverosímil.

Si D. Benito era un hombre vulgar, pequeño, menguado, incapaz y envilecido hasta el punto de hacer objeto de mercadería infame el cadáver del Emperador, ¿qué especie de loco, ó de necio, ó de mal aventurero perdido, era Maximiliano, que así le ofreció un lugar íntimo en su imperio?

Seamos lógicos.

O Maximiliano le llamaba á Palacio con la intención aviesa de administrarle un residuo de aquel viejo veneno de los Borgias, en cuyo caso era el príncipe un perfecto bandolero alevoso, y puede quedar agradecido desde la eternidad al que tan pobre idea tenga de su grandeza, ò ¿qué especie de loco desatado era el emperador, que así procuraba à su lado el consejo del hombre vulgar y pequeño?

Desde luego afirmo para dejar en su puesto la verdad histórica, que D. Benito Juárez jamás le hizo la

ofensa á Maximiliano de dudar de su buena fé y caballeroso porte, y no fué un motivo de recelo, lo que lo determinò à no aceptar los ofrecimientos del príncipe.

Aplicando el criterio racional al análisis del hecho no podemos deducir en rigor de lógica, que D. Benito conocía y apreciaba á Maximiliano y èste á D. Benito, mucho mejor que los ha conocido y apreciado César Cantú?

¡Error lamentable del historiador ilustre!

Maximiliano jamás tuvo los chavacanos y estragados gustos de Fernando VII, ni D. Benito nunca se ha parecido en nada à Pedro Chamorro.

Hagamos el paralelo entre los dos personajes que representan la lucha de los intereses que se ventilaban en el período histórico que voy comentando.

De aquel lado, tal como lo he presentado de perfil, D. Benito à secas.

De la parte de acá, un gallardo mozo y apuesto caballero con el yelmo legendario en la cabeza, y en la mano el cetro tradicional por derecha filiación, prosapia y genealogía de Carlo Magno y de Carlos V: con nombre propio de resonancia en la historia, Maximiliano; con numerosos cortesanos fieles y no pequeña turba de parásitos aduladores; con adjetivo, si no legendario gerár-gico, el Emperador; con dignatarios y jefes militares de toda lealtad y ejércitos por reclutamiento; oro á la mano y cañones à la voluntad; apoyado por fuerzas y relaciones internacionales; que vive en el régio alcázar y

huella con su planta la alfombra de flores que ornamentaba los parques de Moctezuma; que los obispos le bendicen y las damas le sonrien; que algunos le guardan profundo respeto porque temen sus agravios y muchísimos solicitan sus favores; que las mujeres le admiran á caballo y los hombres le consideran á pié; que se despoja de su manto régio y baja á la calle para codearse en familia con el pueblo; que oye en su alcázar al indio desheredado y paternalmente le ampara y le consuela; y que usa lujoso traje de charro en testimonio de que ha tomado carta de naturaleza.

¿Hay nada más inverosímil á la vista que una batalla trabada entre estos dos hombres?

¿Qué clase de intereses representa D. Benito?

¿Cómo puede empeñar duelo y combate con aquel que lo representa y llena todo con su deslumbrante magestad?

¿Quién extraño al país y más extraño aún al estudio de la historia, hubiera apostado un peso por la suerte de D. Benito?

Pues en esas condiciones, el Emperador le llamaba á su lado y solicitaba su consejo.

¿Cuán distinto modo de ver las cosas y los hombres tenía Maximiliano al que nos ofrece César Cantù!

Después de consumado el hecho inverosímil de tanta magnitud, el insigne historiador aplica el criterio más vulgar al juicio y razón del suceso.

Si hubiera razonado la historia antigua y los movi-

mientos que se desenvolvian hácia delante siempre en la sombra de la Edad Media, no nos hubiese llevado de la mano por los escabrosos caminos de la historia, sino que nos hubiera metido en toda clase de laberintos sin salida.

El juicio de César Cantù ofende á D. Benito, agravia á Maximiliano y calumnia á la lógica de la vida y á la razón de la historia.

¿Qué diferente punto de vista mucho más elevado manifiesta el bárbaro Aníbal cuando prisionero de Scipion, éste le pregunta:—¿Qué capitán consideras más grande en los tiempos del mundo?

Y el derrotado contesta:

—Alejandro; y después Pirro.

—¿Y si me hubieras vencido?

—Entonces sería yo el primero.

Si pudiera yo exhumar los cadáveres de Don Benito y Maximiliano para repetir el diálogo de Aníbal y Scipion, preguntándole aquel á su prisionero:

—¿A quién consideras el Emperador más poderoso de la tierra?

Hubiese contestado seguramente.

—Carlo Magno.

—Y ¿Justiniano? y Carlos V?

Respondería sin vacilar Maximiliano:

—Constantino, y después los otros.

—¿Y si me hubieras vencido?

—Sería yo.

Y no se equivocára en un ápice al dar esta respuesta, porque Constantino y Justiniano y en ménos escala Cárlos V, empujaron las ideas de los tiempos que necesitaban del calor y la vida del imperio; miéntas que Maximiliano no podía, sin cimiento secular, contener y mucho ménos dominar, las corrientes contrarias de las ideas, sin ver hecho pedazos el cetro en su régia mano; ni tampoco dar impulso à los grandes movimientos incompatibles con la institución falta de raíz histórica, porque todo eso que se agita, no está radicado en México, que sólo es un lugar importante de la escena con más amplia relación al porvenir que al presente; porque cuanto se agita, repito, es la suma de las necesidades y de los intereses que en manera vertiginosa desarrolla la vida moderna, y constituyen el trabajo y la obra colectiva de la gran trasformacion que se opera en el mundo.

Los que en este particular evidente y visible piensan de otro modo, són los mismos de los cuales dijo Jesucristo:—Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

El mismo César Cantú lo reconoce y además lo dice:—*Una bonanza de treinta años ha producido más sacudimientos que las multiplicadas tormentas del siglo anterior. Muchas veces los innovadores ven lo verdadero sin más culpa que la de anticiparlo, y las verdades que un siglo considera utopías, pueden llegar á ser en el siguiente triviales. Hasta tratándose del muerto Lázaro debe decirse:—Sé que puedes lo que quieres.—*

En otro pasaje dice también César Cantú:—*Pero en medio del humo de la pólvora inflamada y de la san-*

*gre vertida por la revolución, el mundo ha salido trasformado.—*

Recogidas estas frases me ocurre preguntar al Historiador:—¿La trasformación está hecha? Y si no ha concluido ¿dónde quiere á su gusto y placer poner término al movimiento?

¿Por qué, pues, lamenta que Maximiliano no pudiera realizar una obra superior à sus fuerzas y que de sucumbir, no arrostrase las consecuencias aceptando honradamente el cadalso?

Concluyamos este capítulo.

El victorioso fué D. Benito Juárez en las condiciones, en que, fieles á la verdad de la historia lo hemos presentado. Es decir, venció, con todas las señales, él y el suceso, de la inverosimilitud.

¿Puede la crítica racional admitir aquí un juicio de puro sentimiento para explicar un hecho tan positivamente trascendental y en apariencia tan lógico? ¿Acaso la historia humana es un juego caprichoso de Dios? ¿Podemos decir con discurso impio:—Su Magestad divina se divierte con que triunfe Juárez, muera Maximiliano y pierda el juicio Carlota?—

¿Y de esta manera es permitido discurrir á los grandes talentos, que veneran la tradición, y muestran inequívocas aficiones à la escuela filosófica suprensible de Jacobi?

¿Negará César Cantú, dentro de su doctrina, la intervención de la Providencia en la historia? De Dar-

win se puede esperar la negativa, pero de César Cantú, no.

Buscaré la lógica del suceso por otros caminos que no ha querido seguir César Cantú.

Los caminos del análisis siguiendo los métodos de la CRITICA RACIONAL.

**La historia es filosofía y no un ejercicio literario.**

IX

Si me ocupase aquí de rectificar hechos, por ejemplo, al Sr. Zamacois, me limitaría à ese particular, sin llevar las cosas à mayores exigencias.

Hacer la crónica de la historia no es escribir la historia.

Aquel es el trabajo del compilador, verdadero ratón de biblioteca, y le basta para llenar su misión recoger con buen sentido los datos, agruparlos y exponerlos.

Hacer la historia es obra de la filosofía, y por eso me entiendo de otra manera con César Cantú, que aquella en que me hubiera entendido con el Sr. Zamacois en circunstancias análogas.

Del trabajo del compilador à los estudios del historiador, hay la distancia abrumadora que separa lo meramente mecánico de lo esencialmente filosófico.

Los hechos están ya rectificados con elegancia, cla-